

Karl Mannheim en la formación de la sociología moderna en América Latina*

Alejandro Blanco

NO OBSTANTE LA gravitación de la sociología alemana en los medios sociológicos de algunos países de América Latina —especialmente de México, Brasil y Argentina—, hasta los años cuarenta Karl Mannheim fue una figura prácticamente ignorada. El índice onomástico de la primera historia de la sociología en América Latina, publicada en esos años por Alfredo Poviña, no incluye referencia alguna al autor de *Ideología y utopía* (Poviña, 1941a). Durante toda la década de 1930 distintas empresas editoriales de habla castellana emprendieron la edición de algunas de las obras de las principales figuras de la tradición sociológica alemana. La de Mannheim, sin embargo, no formó parte de esas iniciativas. Incluso, la sección “Proposiciones para futuras traducciones: (libros cuya traducción es deseable)” del catálogo *Filosofía alemana traducida al español* tampoco contenía algún título de Mannheim. El catálogo sugería, en cambio, la edición de *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft*, de Hans Freyer, *Lebensanschauung*, de George Simmel, *Die drei Nationalökonomien*, de Werner Sombart, *Einheit der Sinne* y *Die Stufen des Organischen und der Mensch*, de Hemult Plessner, y *Gemeinschaft und Gesellschaft*, de Ferdinand Toennies (Schmidt-Koch, 1935).

Poco tiempo después, sin embargo, Mannheim estaba en boca de muchos intelectuales, pensadores sociales y sociólogos de América Latina, y en especial de aquellos que, como José Medina Echavarría, Florestan Fernandes

* Esta investigación no hubiera podido llevarse a cabo sin la enorme colaboración y hospitalidad del doctor Javier Garcíadiego, presidente de El Colegio de México. Tampoco sin la paciencia y generosidad de Citlalilit Nares, jefa del Archivo Histórico de El Colegio de México, y de Antonieta Hernández, responsable del Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica; a todos ellos mi agradecimiento. Agradezco igualmente las observaciones y los comentarios de los evaluadores anónimos.

y Gino Germani, liderarían en esta región una profunda renovación de la sociología. Durante un buen tiempo Mannheim fue una referencia central para todos ellos y una de las más importantes fuentes formativas de sus visiones del mundo moderno. Medina Echavarría fue su traductor y principal divulgador. En 1943 reunió un conjunto de ensayos con un título inconfundiblemente *mannheimniano*: *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo*. Tres años más tarde, Germani publicó un ensayo cuyo título mismo, *Sociología y planificación*, era una paráfrasis de uno de los temas que estaba en el centro de la reflexión de Mannheim, y las catorce referencias a este último contenidas en *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, publicado por Germani en 1956, superaban ampliamente a las de los restantes autores mencionados. Ese mismo año, en un ensayo consagrado a Mannheim, Florestan Fernandes se lamentaba de que “com a morte de Karl Mannheim (...) a sociologia perdeu uma de suas principais figuras do segundo quartel do presente século” (Fernandes, 1976).

Por lo demás, entre principios de los cuarenta y mediados de los sesenta, cinco títulos de Mannheim aparecieron en lengua castellana y, curiosamente, todos ellos fueron publicados por un mismo sello editorial, el Fondo de Cultura Económica (FCE): *Ideología y utopía* (1941), *Libertad y planificación social* (1942), *Diagnóstico de nuestro tiempo* (1944), *Libertad, poder y planificación democrática* (1953), y *Ensayos sobre sociología y psicología social* (1963). Durante los seis meses posteriores a la primera edición de *Diagnóstico de nuestro tiempo* se vendieron 2 380 ejemplares, poco menos de la mitad de un tiraje de 5 000, y en los primeros quince años la obra alcanzó cuatro ediciones. Los 2 000 ejemplares de la primera edición de *Libertad y planificación social* se agotaron en cuatro años, y hacia 1960 los 3 000 de la segunda.¹ Aunque de manera algo más tardía, también en Brasil la obra de Mannheim alcanzó una importante repercusión aun antes de las primeras traducciones al portugués. En efecto, y como ha revelado un estudio reciente, fue objeto de comentario en publicaciones de ciencias sociales, como *Sociologia y Revista do Serviço Público*; además, junto con Georg Simmel, Karl Marx y Max Weber, Mannheim fue uno de uno de los autores de la tradición sociológica alemana más citados (Villas Bôas, 2006a). Las primeras versiones de su obra al portugués fueron editadas incluso con anterioridad a las obras más importantes de Weber y Durkheim. En 1950 apareció la primera versión portuguesa de *Ideologia e utopia*, traducida por Emilio Willmes, y durante esa década el libro alcanzó cuatro ediciones. Le siguieron *Diagnostico de Nosso Tempo*, en 1961; *O Homem e a Sociedade. Estudos sobre a Estrutura Social Moder-*

¹ Carpeta de regalías, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

na y *Sociologia Sistemática. Uma introdução ao Estudo da Sociologia*, ambas en 1962; así como *Introdução a Sociologia da Educação*, en 1969 (Villas Bôas, 2006a; 2006b).

¿Por qué de pronto Mannheim se volvió objeto de tanta atención y consideración? ¿En el contexto de qué preocupaciones intelectuales su obra fue promovida? ¿Qué aspectos de esa obra atrajeron mayormente la atención? Este trabajo persigue un triple objetivo: explorar los circuitos y canales de difusión de su obra, examinar su repercusión en México y Argentina, y ensayar algunas hipótesis relativas a sus modos de apropiación. Confrontadas con las investigaciones recientes sobre la recepción de Mannheim en Brasil (Villas Bôas, 2006a; 2006b), las consideraciones vertidas en la conclusión de este trabajo pueden ser generalizadas —con algunas salvedades— para el caso brasileño.

Karl Mannheim: trayectoria intelectual y circulación internacional

Ciertamente, cuando a fines de los años treinta los editores del FCE se pusieron en contacto con Mannheim, este último no era ningún desconocido en los medios intelectuales de Europa y Estados Unidos. Hacia la primera mitad de los años treinta era ya una figura en ascenso en la sociología alemana. El hecho de que el Sexto Congreso de Sociología Alemana, celebrado en Zurich, en 1928, haya confiado a Mannheim, por entonces tan sólo un *privat-dozent*, en la jerarquía del sistema universitario alemán —una de las exposiciones principales de dicho evento—, revela la gran reputación que había adquirido en la comunidad intelectual alemana y especialmente en la comunidad sociológica. Norbert Elias, que fue su asistente en Francfort y Heidelberg, recordó hace unos años que “nombreuses personnes voyaient en lui l’homme de l’avenir, l’étoile montante de la sociologie de Heidelberg” (Elias, 1991:137). La publicación de *Ideologie und Utopie* despertó en Alemania enormes controversias y motivó encendidos comentarios de jóvenes intelectuales, como Hannah Arendt, Max Horkheimer, Herbert Marcuse y Paul Tillich. En 1930 Mannheim fue designado sucesor de Franz Oppenheimer en la Universidad Johann Wolfgang Goethe, de Francfort, pero la llegada del nazismo al poder interrumpió su carrera y tuvo que emigrar a Inglaterra.

Es una opinión ampliamente aceptada que su emigración abrió un capítulo enteramente nuevo en su vida y producción intelectuales, un hecho que los comentaristas suelen poner de manifiesto al oponer el *german* al *british* Mannheim (Kecskemetti, 1963; Wolff, 1971; Coser, 1977; Wirth, 1993; Kettler, Meja y Stehr, 1995). En efecto, desde entonces la orientación

intelectual de su obra, sus intereses cognitivos y sus planes de investigación experimentaron un cambio significativo. Si bien no abandonó su interés por el desarrollo de un programa de investigación relativo a una sociología del conocimiento —del que *Ideología y utopía* y su monografía ya clásica sobre el pensamiento conservador son sus exponentes más expresivos—, sí se consagró casi por entero —y con todavía más énfasis a partir del comienzo de la Segunda Guerra— a un “Diagnóstico de nuestro tiempo”, como la elaboración de una sociología de la planificación democrática y de la reconstrucción social. A la luz del naufragio de la República de Weimar, lo que ahora interesaba a Mannheim era saber qué podía hacer una ciencia como la sociología para asegurar la sobrevivencia de la democracia. Pertenecen a estos años su giro hacia el pragmatismo, su acercamiento a la sociología norteamericana y su inquebrantable confianza en las posibilidades de una sociología y psicología aplicadas. Pero con su emigración a Inglaterra no solamente sus intereses cognitivos mudaron, sino también su rol como intelectual. Sus iniciativas, intervenciones y ensayos buscaban ahora una audiencia más amplia que la ofrecida hasta entonces por la academia alemana, y en lugar de sus pretéritos intentos por comprender una situación en los términos de una sociología del conocimiento cuyo programa había elaborado en Alemania, Mannheim concentraba ahora sus esfuerzos en predicar el evangelio de la salvación a través de la sociología a una más extensa y variada audiencia (Floud, 1969).

Sin duda, su obra experimentó una mayor difusión y su figura alcanzó reputación internacional a partir de su ingreso en el mundo angloparlante, así como de la enorme resonancia y controversia que despertó su obra. A comienzos de los treinta, Louis Wirth, profesor de la Universidad de Chicago, en ese entonces el centro más importante de la sociología norteamericana, y director del influyente *American Journal of Sociology*, patrocinó su ingreso en la cultura anglosajona, y especialmente en la academia norteamericana. Edward Shils, asistente de Louis Wirth en la Universidad de Chicago, tradujo por recomendación de este último *Ideology and Utopia*. La obra fue publicada en 1936 con una extensa introducción del propio Wirth, y cuatro años más tarde, con traducción de Shils también, apareció *Man and Society in an Age of Reconstruction* (Shils, 1995).

En Estados Unidos la difusión de su obra alcanzó una extraordinaria recepción, aunque no del todo favorable. Las principales revistas académicas no lo trataron bien. El *American Sociological Review* reprodujo una reseña muy crítica de Alexander von Schelting a la edición alemana de 1929 de *Ideologie und Utopie* (Schelting, 1936). Hans Speier, al igual que Von Schelting —otro de los refugiados alemanes, aunque más generoso en su juicio—, en cierta medida repitió las críticas de este último (Speier, 1937).

Tampoco fue favorable la crítica que Charles Wilson, discípulo de Morris Ginsberg, publicó sobre *Ideology and Utopia* en el *American Sociological Review* (Wilson, 1936). Diez años después de su primera edición, Robert Merton reprochaba a Mannheim no haber aclarado lo suficiente qué esferas del pensamiento —creencias sociales, convicciones políticas, ideologías— eran susceptibles de ser examinadas en el cuadro de su esquema analítico, así como no haber especificado el tipo o modo de relaciones entre estructura social y conocimiento (Merton, 1995; 1949). No obstante todas estas reservas, entre 1936 y 1954, *Ideology and Utopia* alcanzó siete ediciones, lo que prueba el interés que concitaron sus ideas entre la comunidad sociológica norteamericana. Al fin y al cabo, el más grande impedimento para la difusión y circulación de una obra es, en rigor, la indiferencia antes que la hostilidad o la desaprobación de que puede ser ocasionalmente objeto, como lo revela, por ejemplo, el caso de la recepción “negativa” de Émile Durkheim en Estados Unidos (Platt, 1995).

Con todo, la fama y la reputación internacionales de Mannheim, si bien necesarios, no resultan suficientes para explicar la difusión que alcanzó en América Latina. Tampoco la cualidad intrínseca de sus textos. A este respecto, y como los estudios de recepción han revelado una y otra vez, la fortuna de una obra no depende solamente de sus extraordinarias cualidades intelectuales, sino que es una función de los contextos y los discursos que favorecen y fomentan un interés en ella (Schroeter, 1980; Pollak, 1986; Hirschhorn, 1988; Käsler, 1988; Platt, 1995). Más específicamente, la circulación de una obra es un proceso mediatizado por factores textuales y extra-textuales, y su suerte está sujeta a determinadas condiciones culturales e institucionales, en especial a la existencia de vehículos o agencias comprometidos con su promoción, y que incluye agentes (individuos interesados e investidos de las destrezas y habilidades necesarias para su difusión), medios de comunicación (libros, artículos, editores) y centros de difusión (instituciones académicas o extra-académicas). Ciertamente, los medios a través de los cuales se transmite una obra pueden ser de carácter institucional o intersticial. En el primer caso, la transmisión depende y se apoya en alguna institución y en los recursos que ella provee; en el segundo, en la dedicación y tenacidad con las que algunos de sus pocos seguidores la sostienen, y muy a menudo en circunstancias del todo adversas. En cualquier caso, la transmisión de una obra o una doctrina tienen mayores probabilidades de propagarse y de adquirir más fuerza cuando encuentran medios organizacionales de expresión o, más especialmente, cuando son adoptadas por un poderoso aparato institucional.

A este respecto, dos circunstancias especiales favorecieron, en principio, la difusión de Mannheim en América Latina. La emergencia, por un

lado, de una institución cultural, la editorial Fondo de Cultura Económica, interesada en la promoción de las ciencias sociales en la región, y que en poco tiempo habría de convertirse en la casa editorial en ciencias sociales más importante de América Latina. Y la existencia, por el otro, de una serie de agentes comprometidos con una renovación y más firme implantación de las ciencias sociales, en especial de la sociología; y que veían en la tradición sociológica alemana —aunque no solamente en ella— uno de sus modelos de referencia.

La difusión editorial: Karl Mannheim y el Fondo de Cultura Económica

Inicialmente concebida como una editorial especializada en la publicación de libros de economía, el FCE fue fundado por Daniel Cosío Villegas, en 1934. Durante los primeros años sus actividades estuvieron limitadas a la publicación de una revista, *El Trimestre Económico*, y a la edición de algunos libros de la materia. Durante los primeros cuatro años, las ediciones no superaron los seis títulos anuales, lo que ofrece una medida aproximada del tamaño del emprendimiento. Hacia fines de los años treinta, sin embargo, y como consecuencia de la crisis generada en España por la guerra civil, la editorial experimentó un verdadero salto cualitativo. El colapso total de la industrial editorial española provocado por este conflicto abrió nuevas y más grandes posibilidades a la incipiente industria local y latinoamericana, hecho al que vino a sumarse la emigración a América Latina —pero especialmente a México— de reconocidos intelectuales republicanos, muchos de los cuales integraron el elenco de traductores del FCE.² Así, en 1938, la editorial publicó once títulos y al año siguiente la cifra trepó a cincuenta y dos, llegando, tres años más tarde, a ochenta y cinco (Díaz Arciniega, 1996).

Fue en ese contexto que la editorial extendió sus actividades a nuevos campos disciplinarios. Hacia mediados de los cuarenta ya contaba con colecciones de Economía (1935), Política y Derecho (1937), Sociología (1939), Filosofía (1942) y Antropología (1944); y en muy poco tiempo llegó a convertirse en una de las casas editoriales en ciencias sociales de mayor prestigio en América Latina, con sucursales en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Colombia, Brasil y Venezuela. En cierto modo, la difusión de Mannheim en América Latina obedeció a un hecho del todo contingente: la guerra civil española y sus

² Según el catálogo *Autores y traductores del exilio español en México*, 89 exiliados españoles colaboraron con el FCE en calidad de autores y/o traductores (FCE, 1999).

dos consecuencias inmediatas, a saber, la apertura de un mercado para la iniciativa de las empresas editoriales latinoamericanas y la disposición, por obra de la emigración intelectual, de un capital cultural y de una *expertise* intelectual enteramente propicia para la nueva empresa.

La Colección de Sociología recayó en uno de los miembros de la emigración republicana a México, José Medina Echavarría, que había realizado estudios de derecho y filosofía en las universidades de Valencia y Madrid. En 1939, con la derrota de los republicanos en la guerra civil española, emigró a México y se integró a La Casa de España en México, una institución creada en 1938 por Alfonso Reyes y Cosío Villegas, y que dos años más tarde se convertiría en El Colegio de México. Entre 1939 y 1946 Medina Echavarría enseñó sociología en la Universidad Nacional y en El Colegio de México (Gurrieri, 1980; Lira, 1986; 1989).

Pocos meses después del lanzamiento de la Colección, su director presentaba a esta última en los siguientes términos: “Estamos convencidos (...) de que nuestra civilización, después de sus triunfales conquistas en el campo de las ciencias físico-naturales, ha de realizar un esfuerzo paralelo en el dominio de las ciencias del hombre si es que ha de poder salir de la tremenda crisis en que ahora se encuentra”.³ Sin embargo, Medina Echavarría reconocía que, salvo en pocos países, “desgraciadamente (...) estas ciencias no han tenido hasta ahora la necesaria protección oficial y académica, y ello exige que una labor editorial bien orientada supla mientras tanto esta urgente necesidad de nuestros días”.⁴ Así, y en unos pocos años, Medina Echavarría puso a disposición de los lectores latinoamericanos los grandes textos de la tradición sociológica. Además de Mannheim, editó a Weber, Tönnies, Veblen, Pareto, Mac-Iver, Lundberg, a Znaniecki y Linton, entre otros; y contribuyó a ampliar considerablemente el horizonte intelectual de quienes cultivaban —o aspiraban a cultivar— las ciencias sociales.

La Colección fue un verdadero éxito. Hacia finales de los años cincuenta, treinta y tres de los títulos editados —poco más de la mitad— estaban agotados. Tres de los cuatro títulos de Mannheim editados hasta entonces también lo estaban: *Ideología y utopía*, *Libertad y planificación* y *Diagnóstico de nuestro tiempo*.⁵ Algunos de ellos fueron verdaderos éxitos de librería. *Historia de la cultura*, de Alfred Weber, publicado en 1941, alcanzó hacia mediados de la década de los cincuenta su quinta edición. En la segunda mitad de los años

³ En Medina Echavarría (1940:1-5).

⁴ En Medina Echavarría (1940:2).

⁵ Carta de Orfila Reynal a José Medina Echavarría, 11 de marzo de 1959, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

cincuenta, cuando Gino Germani puso en marcha la primera carrera de sociología en Argentina, José Luis de Imaz, uno de sus primeros aspirantes, le transmitió a aquél su intención de estudiar sociología, y frente a la pregunta de Germani respecto de qué sabía o había leído, De Imaz respondió: “Le contesté que ‘todo’ el Fondo de Cultura Económica. Es decir, la colección de Ciencias Sociales que había publicado el Fondo. Era una manera de simplificar, por supuesto, pero también una definición” (De Imaz, 1977:125). Como lo revela el testimonio de De Imaz, en poco tiempo la colección había logrado edificar no solamente un catálogo y un nuevo lenguaje para las ciencias sociales, sino también una indiscutida reputación y autoridad intelectuales en el mercado del libro de ciencias sociales en la región.

La relación del FCE con Mannheim comenzó a finales de los treinta y se prolongó hasta su temprana muerte, ocurrida en 1947. De la Colección de Sociología, Mannheim fue el autor más editado y llegaría a convertirse en una especie de consejero informal de la editorial. En cierto momento, incluso, y mientras Mannheim programaba una estancia en Estados Unidos —que finalmente se frustró—, Cosío Villegas procuró, aunque sin éxito, que Mannheim pasara una temporada enseñando en México.⁶ En cualquier caso, Cosío Villegas contactó a Mannheim en la London School of Economics, donde este último enseñaba sociología. En carta del 13 de octubre de 1939 le expresó sus deseos (“we are most anxious”) de incluir *Ideology and Utopia* en la nueva Colección de Sociología, poniendo en su conocimiento que la Colección de Ciencia Política se abriría con un título de Harold Laski, *The Rise of European Liberalism* y que el plan de la Colección de Sociología había previsto la edición de *Wirtschaft und Gesellschaft*, de Max Weber; *Einführung in die Soziologie*, de Ferdinand Toennies; y *Kulturgeschichte als Kultursoziologie*, de Alfred Weber.

La propuesta no podía ser más auspiciosa para el propio Mannheim. Sus afinidades intelectuales con Laski eran notorias y fue el mismo Laski quien

⁶ Carta de Cosío Villegas a Louis Wirth, 2 de abril de 1940. Tres años más tarde, Cosío Villegas procuraría —aunque también sin éxito— llevar a México a Max Horkheimer, que en 1930 —el mismo año en que Mannheim fue designado profesor de sociología en la Universidad de Francfort— había establecido el Instituto para la Investigación Social en la misma universidad. Según consta en la correspondencia de El Colegio de México, Horkheimer, que, como consecuencia del ascenso del nazismo, ya hacía unos años que había radicado su instituto en Nueva York, había acordado con las autoridades de El Colegio de México un plan de conferencias que versaría sobre *Society and Reason*, y que comprendía los siguientes puntos: *a)* reason as the basic theoretical concept of western civilization; *b)* civilization as an attempt to control human and extra-human nature; *c)* the rebellion of oppressed nature and its philosophical manifestations; *d)* the rise and decline of the individual; *e)* the present crisis of reason. Correspondencia Alfonso Reyes con Max Horkheimer, Archivo Histórico de El Colegio de México.

apadrinó la llegada de Mannheim a la London School of Economics (Kettler, Meja y Stehr, 1995). Alfred Weber había sido su profesor en Heidelberg y de él había adoptado su concepción de los intelectuales como una “*intelligentsia* socialmente desvinculada”. Por lo demás, Mannheim había colocado su trabajo en la dirección abierta fundamentalmente por Max Weber, y para entonces ya era una figura central de la sociología alemana *postweberiana*. Más todavía, al año siguiente, el propio Mannheim sugirió a Cosío Villegas la edición de dos títulos de Weber, *Politik als Beruf* y *Wissenschaft als Beruf*,⁷ y fue en ese contexto que los editores del FCE, que por entonces preparaban la edición castellana de *Wirtschaft und Gesellschaft*, solicitaron a Mannheim la preparación de un estudio preliminar que pusiera de relieve “the significance and place of Max Weber on modern thought both german and foreign”.⁸ Mannheim respondió que, por obligaciones previamente contraídas, lamentablemente no estaba en condiciones de asumir el compromiso, pero en su lugar ofreció a los editores del FCE el ensayo “German Sociology (1918-1933)”, que había sido publicado en 1934 en la revista *Politica*, de la London School of Economics. El artículo —decía Mannheim— “no only devotees considerable space to Max Weber, but allocates his work in the framework of German Sociology during the republic. Some small adjustments could be made by your translator to suit the purpose of an introduction”.⁹ Cosío Villegas desistió, sin embargo, de la sugerencia de Mannheim, dado que el ensayo referido por este último ya había sido publicado en Madrid unos años antes en la revista *Tierra Firme*,¹⁰ e insistió en el pedido a cambio de una ampliación del plazo de entrega, pero Mannheim se rehusó nuevamente. En su lugar le aconsejó que solicitara dicha introducción a Albert Salomon, uno de los refugiados alemanes que por entonces residía en Estados Unidos como miembro de la Graduate Faculty of Political and Social Science de Nueva York.¹¹

⁷ Carta de Karl Mannheim a Daniel Cosío Villegas, 18 de enero de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica. En las sugerencias de Mannheim figuraban también *Human Nature and Conduct*, de John Dewey; *Soziologie der Renaissance*, de Alexander von Martin; *Mind, Self and Society*, de George H. Mead, y *Geschichte und Klassenbewusst*, de Georg Lukács. Los primeros dos títulos fueron editados poco tiempo después por el FCE y el tercero sería editado años más tarde por Gino Germani en Argentina, en la editorial Paidós.

⁸ Carta de Cosío Villegas a Karl Mannheim, 19 de febrero de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

⁹ Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 29 de marzo de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

¹⁰ Mannheim (1935). El ensayo fue posteriormente incluido en *Essays on Sociology and Social Psychology* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1953), editado por el FCE en 1963.

¹¹ Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 11 de julio de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

De cualquier modo, y más allá del intento frustrado de comprometer a Mannheim en la edición castellana de la *Opus Magnum*, de Weber, Cosío Villegas recibió una respuesta favorable y entusiasta de aquél a su pedido de edición de *Ideology and Utopia*.¹² En su misiva, Mannheim asimismo refirió a Cosío Villegas la existencia de una edición española de *Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Umbaus* (*El hombre y la sociedad en la época de crisis*), cuyo original alemán era de 1935, y que había sido publicada “in Madrid before the Revolution”.¹³ En efecto, en 1936 la editorial de la *Revista de Derecho Privado de Madrid* editó la obra referida. Curiosamente, su traductor, Francisco Ayala—el primer traductor de Mannheim al español—también era parte de la emigración republicana. Pero a diferencia de Medina Echavarría, que se radicó en México, el destino de Ayala sería Argentina, y a partir de sus estrechas relaciones con un editor español—Gonzalo Losada—también radicado ahí, se convertiría en uno de los traductores y promotores de la tradición sociológica alemana.¹⁴ En cualquier caso, el FCE anunció con bombos y platillos la edición de *Ideología y utopía*: “Es el primer ‘gran estudio’ sociológico que publicará el Fondo de Cultura Económica. Uno de los libros más discutidos, de los que más controversias han provocado: estudia el tema de las ideologías políticas; renueva de un modo cabal la teoría del conocimiento y da un carácter radical a la sociología del saber”.¹⁵ Con el título de “Responsabilidad de la inteligencia” el propio editor de *Ideología y utopía*, José Medina Echavarría, publicó un extenso comentario sobre la obra y, poco después, José Gaos hizo lo propio con un título más que elocuente: “El libro de nuestros días”.¹⁶

Dos años más tarde el FCE publicó *Libertad y planificación social*, traducida de la versión inglesa de *Man and Society in an Age of Reconstruction* (de 1940), que en realidad era una versión considerablemente ampliada de *Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Umbaus*, traducida del alemán por Edward Shils. Por entonces, igualmente—y como prueba adicional del interés de los editores del FCE por la obra de Mannheim, estos últimos anoticia-

¹² Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 11 de noviembre de 1939, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

¹³ Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 11 de noviembre de 1939, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

¹⁴ La versión de Francisco Ayala de *Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Umbaus* (*El hombre y la sociedad en la época de crisis*) fue reeditada años más tarde, en 1958, por un sello de Buenos Aires: Leviatán. Al parecer, el FCE procuró adquirir los derechos de dicha obra pero sin resultado favorable.

¹⁵ En FCE (1941b).

¹⁶ Medina Echavarría (1941c) y Gaos (1941).

dos por los editores ingleses de Mannheim de la próxima aparición de *The Sociological Approach to History*— solicitaron de inmediato el permiso para su publicación.¹⁷ Al poco tiempo Mannheim respondió que el libro anunciado estaba todavía en borrador, pero a cambio ofrecía a los editores del FCE un libro que estaba a punto de concluir: *Planned Society and the Problem of Human Personality*, una colección de ensayos separados pero coherentes, que, a diferencia de los otros dos títulos cedidos al FCE (*Ideology and Utopia* y *Man and Society in a Age of Reconstruction*), sugería Mannheim, “will have a more popular appeal”.¹⁸ Al mes siguiente, los editores del FCE respondieron de manera inmediata (vía cable) expresando a Mannheim “our readiness to acquire the copyright of such book”,¹⁹ lo que revela, una vez más, el enorme interés por su obra.

El contacto entre Mannheim y los editores del FCE se interrumpió entre 1940 y 1942. A mediados de este último año Mannheim escribió a Cosío Villegas para informarle de un libro que acababa de concluir, *The Diagnosis of our Time*, “dealing with the great problems of our society in our changing world. Being lectures, they are adressed to a much broader public than my previous books, that is to say they are more popular in their presentation”.²⁰ Y en la misma carta Mannheim ofrecía a los editores del FCE los títulos de una colección en preparación, la International Library of Sociology and Social Reconstruction, que sería editada por Routledge & Kegan Paul, y cuyo principal objetivo era, en palabras del propio Mannheim, “to open up a platform for scientific discussion of the topical problems of our age”,²¹ y con la que se proponía forjar una comunidad internacional de intelectuales. Extremadamente ambiciosa, la colección de Mannheim contenía veintidós grandes series: Sociology of Education, Sociology of Religion, Sociology of Art, Sociology of Language and Literature, Sociological Approach to the Study of History, Sociology of Law, Criminology and the Social Service, Sociology and Politics y Sociology and Psychology of the Present Crisis, entre otras. La variedad de las colecciones, por lo demás, prueba los esfuerzos de Mannheim por alcanzar una audiencia mucho más amplia que la pequeña comunidad

¹⁷ Carta de Cosío Villegas a Karl Mannheim, 22 de junio de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

¹⁸ Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 4 de noviembre de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

¹⁹ Carta de Cosío Villegas a Karl Mannheim, 10 de diciembre de 1940, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

²⁰ Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 31 de julio de 1942, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

²¹ Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 31 de julio de 1942, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

sociológica británica en la que no era del todo bien recibido (Kettler, Meja y Stehr, 1995; Shils, 1995).

Los editores del FCE se mostraron interesados en la nueva colección y solicitaron a Mannheim el envío de los títulos disponibles. Mannheim expresó a Cosío Villegas que la colección no estaba interesada en vender los títulos por separado, sino que el valor especial residía en la totalidad de cada una de las series. El convenio de la cesión de los derechos debía implicar entonces el compromiso de publicar al menos ocho volúmenes en un periodo limitado. Incluso Mannheim aconsejó a los editores del FCE publicarlos de manera conjunta en una editorial española.²² Estos últimos aceptaron la primera propuesta y llegaron a publicar más de diez títulos de la colección de Mannheim. Algunos de ellos, que el FCE no llegó a publicar, serían editados poco tiempo después en Argentina por Gino Germani.

La sociología alemana en América Latina

Aunque tardío, el interés por la obra de Mannheim en América Latina no resulta del todo sorprendente colocado en el contexto de la enorme ascendencia y el notable predicamento que tenía la sociología alemana en los medios sociológicos de la región. En efecto, ya a partir de los años veinte, y fundamentalmente por obra de la *Revista de Occidente* —dirigida por Ortega y Gasset y con enorme repercusión en la cultura de los países hispanoparlantes (López Campillo, 1972)— buena parte de la obra de las principales figuras de la sociología alemana había sido traducida al castellano: seis títulos de George Simmel, tres de Othmar Spann y dos de Ferdinand Toennies, Hans Freyer y Werner Sombart, respectivamente (Blanco, 2004).

Muy pronto, esa temprana implantación editorial de la tradición sociológica alemana en lengua castellana se haría sentir en los programas de sociología, una materia cuya enseñanza era impartida por entonces en las facultades de derecho y filosofía de las universidades de la región. En efecto, a partir de los años treinta, esos programas, que hasta ese momento se nutrían de la bibliografía proveniente de las tradiciones francesas y anglosajonas —A. Comte, E. Durkheim, G. Tarde, C. Bouglé, H. Spencer, F. Giddings— incorporan progresivamente lecturas de G. Simmel, L. von Wiese, A. Vierkandt, A. Stammler, H. Freyer, M. Scheler, F. Toennies y, poco después, Werner Sombart y Max Weber (Poviña, 1941a; Blanco, 2004). A partir de entonces,

²² Carta de Karl Mannheim a Cosío Villegas, 15 de noviembre de 1945, Archivo del Fondo de Cultura Económica.

y hasta fines de los años cuarenta, la sociología alemana se convertiría en un universo de referencia para los practicantes de la disciplina y sería objeto de numerosos escritos y ensayos por parte de los profesores de sociología de la región. Desde muy temprano, en Argentina, Raúl Orgaz escribió sobre Simmel, Vierkandt, Von Wiese y Weber, y consagró tres capítulos de *La ciencia social contemporánea* a un examen de la ciencia social en Alemania (Orgaz, 1932a; 1932b). Por los mismos años, Alfredo Poviña se ocupó de Simmel, Vierkandt, Von Wiese, Hans Freyer y Max Weber (Poviña, 1933; 1939; 1941b), y publicó una serie de presentaciones de las principales figuras de la sociología alemana en distintas publicaciones académicas de la región. Asimismo, en la primera mitad de los años cuarenta, la colección Biblioteca de Sociología, de la editorial Losada, dirigida —como ya fue señalado— por otro emigrado español, Francisco Ayala, fue un canal importante en la difusión de la sociología alemana. En 1944 Ayala publicó *La sociología, ciencia de la realidad. Fundamentación lógica del sistema de la sociología*, de Hans Freyer y, en 1947, *Comunidad y sociedad*, de Ferdinand Tönnies. En Brasil, la difusión alemana de sociología fue canalizada a través de la revista *Sociologia*, fundada en 1939 por Emilio Willems (Villas Bôas, 2006a).

En tal sentido, el FCE continuó ese patrón y se constituyó en otro poderoso centro de difusión de la tradición sociológica alemana en América Latina. En efecto, mientras preparaba las ediciones de las obras de Mannheim, la editorial mexicana publicó en 1942 *Historia económica general*, de Max Weber —que apareció en la Colección de Economía—, y dos años más tarde *Economía y Sociedad*, en la Colección de Sociología, de cuya edición Medina Echavarría fue coordinador y uno de sus traductores (Zabludovsky, 1998; 2002). Asimismo, en esos años la Colección de Sociología editó *Historia de la cultura*, de Alfred Weber (1941), y *Principios de sociología*, de Ferdinand Tönnies (1942); y publicó también una serie de ensayos sobre sociólogos alemanes. En 1942 apareció *Oppenheimer*, de Francisco Ayala, y al año siguiente *Von Wiese*, de Luis Recasens Siches. Nuevamente el testimonio de José Luis de Imaz resulta, a este respecto, revelador: “Qué era lo que entendíamos por sociología. Al conjunto de los autores alemanes traducidos” (De Imaz, 1977:127). La edición de la obra de Mannheim debe ser colocada entonces en el contexto de todo este conjunto de iniciativas —expresivas de un interés más general por la cultura alemana—, como de la enorme reputación de su tradición sociológica. Pero más allá de ello, ¿qué otras razones suscitaron el interés por la obra y el pensamiento de Mannheim?

Los fenómenos de recepción están sujetos a los proyectos y las apuestas intelectuales de sus receptores. Por tal motivo, toda recepción es inexora-

blemente selectiva: subraya determinados aspectos o campos temáticos de una obra en lugar de otros. El carácter selectivo del proceso es una función de la naturaleza y el alcance de aquellos proyectos, como de las tensiones, conflictos y luchas que caracterizan en un momento determinado a un campo intelectual. En ese sentido, la comprensión de un hecho de recepción está sujeta, en términos metodológicos, a la respuesta a la pregunta: ¿quién lee? ¿Quién traduce? ¿Quién difunde? ¿Quién interpreta?, pero también, y no menos importante, ¿contra quién se lee, se traduce o se interpreta? Es necesario entonces tener en cuenta no solamente las “propiedades sociales” del receptor, sino también las propiedades del campo ideológico en que tiene lugar la recepción, o el estado del campo cultural, las relaciones de fuerzas entre sus unidades componentes, en fin, las luchas y las cosas que están en juego en esas luchas. Los actos de recepción también son, en buena medida, actos de una batalla cultural por la imposición de una determinada visión (se trate de la visión de una disciplina o de un determinado fenómeno social). Y bien, ¿con qué proyectos intelectuales estuvo conectada la difusión de Mannheim en América Latina?

José Medina Echavarría: la reconstrucción de la sociología

José Medina Echavarría conocía muy bien la tradición alemana de pensamiento social, y especialmente la tradición sociológica. Entre 1931 y 1932 había estudiado filosofía en Alemania becado por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de Madrid, y fue lector de español en la Universidad de Marburgo. En la primera mitad de los años treinta tradujo *Filosofía del Derecho*, de Gustavo Radbruch (Madrid, 1933), y *Las transformaciones de la capas sociales después de la guerra*, de Robert Michels (s.f.) para la editorial de la *Revista de Derecho Privado*. Su conocimiento de la obra de Mannheim proviene de esos años. Ya para entonces, y como ha sido documentado en diversos ensayos consagrados a su trayectoria intelectual, la sociología había comenzado a revelarse como una efectiva opción de profesión intelectual frente a la frustración experimentada hacia la tradición de la filosofía del derecho en la que se había formado (Lira, 1986; 1989). En 1936 había entregado a la imprenta un pequeño ensayo, *Introducción a la sociología contemporánea (1934-1935)*, que recogía las clases de su primer curso de sociología impartido dos años antes en la Universidad de Madrid, y cuya publicación se frustró por el estallido de la guerra civil.²³ Y ese mismo

²³ Con un título ligeramente diferente, la obra sería publicada finalmente en México en

año había obtenido una beca para realizar estudios de sociología en la London School of Economic, en la que enseñaba Mannheim.

Pero la carrera académica no era el único y exclusivo foco de interés de Medina Echavarría. Por el contrario, y de forma paralela a ella, durante esos años tuvo una activa participación en la vida de la República española, en un comienzo como asesor letrado de las Cortes de los Diputados, y más tarde como encargado de negocios del gobierno en Varsovia. “Pepe Medina habla de la vida intelectual como vida vicaria porque es un nostálgico de la política”, diría años más tarde su compatriota José Gaos (Lira, 1986:23). Naturalmente, para alguien que, como Medina Echavarría, había participado activamente en la vida política de la República española y que había sido testigo del ascenso de los regímenes políticos totalitarios, y especialmente del nazismo durante sus años en Alemania, un libro como *Ideology and Utopia* no podía pasar desapercibido. Y esto por dos razones: en primer lugar, porque el análisis de las diversas tendencias que agitaban la vida política de la República de Weimar —y que pronto desembocaría en su destrucción— parecía ofrecer algunas claves interpretativas para examinar la crisis misma de la República española. En segundo lugar, porque dicha obra venía a colocar en el centro de la atención un problema que, como el de los intelectuales frente a la crisis política de su tiempo, era parte de las preocupaciones, no solamente de Medina Echavarría, sino de la comunidad española en el exilio mexicano. No casualmente la nota con que Medina Echavarría presentó la edición de *Ideología y utopía*, llevaba el título de “Responsabilidad de la inteligencia”. Y poco tiempo después de la aparición de la obra, la revista *Cuadernos Americanos*, fundada por un grupo de intelectuales mexicanos y españoles exiliados, organizó una mesa de discusión sobre la temática con el título de “Lealtad del intelectual”. Junto a Jesús Silva Herzog, Mariano Picón Salas, José Gaos y Juan Larrea, Medina Echavarría fue también de la partida y argumentó en la dirección de un compromiso distanciado del intelectual, que debía estar fundado en las competencias y exigencias que le conciernen *qua* intelectual. Por tal motivo, en su intervención no dudó en calificar de “fraude social” la actitud de aquellos intelectuales que, en tanto intelectuales, “hacen política”, transfiriendo “a ese ámbito su prestigio profesional o literario y a encubrirse luego en sus otros dominios con el halo mayor o menor de su prestigio político o meramente ‘administrativo’” (Silva-Herzog *et al.*, 1944: 43-44).

1940 (Medina Echavarría, 1940a). En la misma Medina Echavarría consagró un capítulo a la sociología alemana, en la que incluyó un tratamiento de la obra en curso de Mannheim.

El interés de Medina Echavarría por la obra de Mannheim debe ser colocado entonces en el contexto de sus preocupaciones en torno a la crisis de la democracia, como del papel de los intelectuales en general y de la ciencia social, en particular en su reconstrucción. Dos títulos publicados en la primera mitad de los años cuarenta sintetizan esas preocupaciones: *Responsabilidad de la inteligencia. Estudios sobre nuestro tiempo* y *Sociología, teoría y técnica*. El primero, publicado en 1943, recogía una serie de ensayos redactados desde su llegada a México, en 1939. El segundo, aparecido en 1941, contenía un examen sistemático de los alcances teóricos y metodológicos de la disciplina, destinado a fundar y promover una concepción de la sociología en tanto ciencia empírica.

En algunos de los ensayos reunidos en *Responsabilidad de la inteligencia*, Medina Echavarría ensayó una sociología de la vida intelectual de clara inspiración *mannheimniana*. Los cambios en la estructura social por obra de la industria, la técnica y el crecimiento de la población —decía— habían puesto en crisis los modelos intelectuales hasta ese momento vigentes, en especial el del caballero o *gentleman*. La estructura social resultante de esos cambios, la moderna sociedad de masas, exigía nuevas competencias intelectuales, las del “experto” y/o “especialista”, y en ella la educación ya no podía ser “privilegio de minorías”, sino “exigencia de masas”. Acudiendo a un argumento desarrollado por Max Weber y reiterado por Mannheim, Medina Echavarría dictaminaba que la administración de los notables, honoraria y de aficionados, comenzaba a ceder su lugar a una administración de expertos, de entendidos (Medina Echavarría, 1943:159).²⁴ Ciertamente, Medina Echavarría no ignoraba los peligros que acechaban al especialista: “abandonado a sí mismo —decía recurriendo a una fraseología de inconfundible sabor *mannheimniano*—, se convierte fácilmente en un hombre miope que, perdido el sentido de la totalidad y del conjunto, puede a veces ser más peligroso que el simple aficionado” (Medina Echavarría, 1943:161). ¿Cómo conservar, pues, ese sentido de la elevación y la distancia que había sabido proporcionar el humanismo tradicional a los grupos aristocráticos? Los medios de que disponía ese humanismo —el saber de la historia, la contemplación de la vida de los grandes del pasado— resultaban insuficientes en el contexto de una situación que ya no era la misma. Se trataba entonces de continuar el humanismo por otros medios. En opinión de Medina Echavarría, las ciencias

²⁴ Que no era accidental la preocupación de Medina Echavarría en torno a las condiciones sociales de la vida intelectual lo revela la publicación, en su colección, de un pequeño clásico en la materia, *The Social Role of the Man of Knowledge*, de Florian Znaniecki (*El papel social del intelectual*, México, FCE, 1944). Más tarde, incluso Medina Echavarría volvería a la cuestión en un ensayo titulado “Acerca de los tipos de inteligencia” (Medina Echavarría, 1953).

sociales estaban en condiciones de ofrecer esos medios y, de esta manera, desempeñar en la formación del hombre moderno un rol equivalente al del humanismo de tiempos pretéritos. Pero sólo estarían en condiciones de asumir esa tarea —subrayaba— una vez que ellas hubieran alcanzado el estatuto de ciencia, pues de lo contrario “se convierten en una palabrería de la peor especie y mejor es darlas de lado” (Medina Echavarría, 1943:163).

Fue en el contexto de este cuadro de situación que Medina Echavarría encontró en el ideal de una sociología científicamente orientada un medio de actualización del humanismo. A partir de entonces libró una dura batalla contra el *amateurismo* sociológico, subrayando la necesidad —según reza un escrito de esos años— de una “reconstrucción de la ciencia social” que fuera capaz de clarificar el estatuto de una disciplina que, como la sociología, había llegado “a cubrir los más arbitrarios contenidos y a proteger las más variadas intenciones” y “ha sido y es empleada para las más sospechosas actividades prácticas e ideológicas” (Medina Echavarría, 1943:87-88). Por esos años, la sociología comenzaba a ganar en México cierto espacio y predicamento en las instituciones culturales. En 1939 Lucio Mendieta y Núñez asumía la dirección del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) y en ese mismo año lanzaba la *Revista Mexicana de Sociología*. Con todo, y no obstante esa promisoriosa implantación institucional, en términos intelectuales la sociología se hallaba todavía fragmentada, ambigua en su estatuto, sin unidad ni dirección intelectual. La producción intelectual del IIS fue más bien escasa durante la primera década y mayormente consagrada al estudio de la población indígena. Por lo demás, y a falta de un estatuto independiente, la enseñanza de la sociología continuaba subordinada a las escuelas de derecho (Arguedas y Loyo, 1979; Girola y Olvera, 1998; Reyna, 1979; 2005). Una ojeada a lo publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* durante los primeros diez años revela la presencia de al menos dos tradiciones claramente diferenciadas: una, más filosófica, articulada en torno al historicismo alemán y a la filosofía de Ortega y Gasset, y promovida fundamentalmente por los exiliados españoles; la otra, más pragmática, alentada por su director, Lucio Mendieta y Núñez, partidario de una ciencia social aplicada y que de forma temprana promovió la publicación de algunos de los trabajos más representativos de la *social research* norteamericana, como los de Stuart Chapin, Stuart Queen y Pauline Young (Sefchovich, 1989; Girola y Olvera, 1998).

En *Sociología, teoría y técnica*, Medina Echavarría procuró articular una visión alternativa a esas dos tradiciones. El libro era, a la vez, un proyecto de actualización de la sociología en los términos de una moderna ciencia empírico-analítica, y un llamado a la intervención de las ciencias sociales en la resolución de los problemas de la vida práctica. En apoyo de su proselitismo

mo científico, Medina Echavarría refería el caso de la “sociología norteamericana” como un ejemplo logrado en esa dirección en un extenso capítulo titulado “La investigación social y sus técnicas”. Durante esos años, en efecto, Medina Echavarría insistiría una y otra vez en la necesidad de incorporar la investigación social a la sociología. “La intervención del indocumentado —señalaba no sin acrimonia— es un penoso privilegio de las ciencias sociales” (Medina Echavarría, 1941a:146). Estaba al corriente de toda, o de casi toda la literatura norteamericana relativa a la investigación social. Según consta en los recibos de compras de libros y revistas efectuadas por el FCE, en 1939 la editorial adquirió por solicitud de Medina Echavarría dieciocho títulos, diecisiete de los cuales, con excepción del *Handwörterbuch der Soziologie*, de Alfred Vierkandt, estaban en inglés, y trataban sobre los distintos métodos y técnicas de la investigación social.²⁵ Durante su estancia en México —que se extendería hasta 1946, cuando decidió radicarse en Puerto Rico— impartió cursos sobre la materia en distintos centros universitarios y documentó ampliamente su conocimiento de ella en un ensayo temprano publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* (Medina Echavarría, 1939; 1941b). El Centro de Estudios Sociales, que fundó y dirigió en El Colegio de México entre 1943 y 1946, pretendió erigirse en el laboratorio de una enseñanza integral de las ciencias sociales, que combinara la formación teórica con el aprendizaje de los modernos métodos de la investigación social (Lida y Matesanz, 1990). Pero de forma paralela a esta reivindicación de la investigación social y de sus técnicas, Medina Echavarría subrayaría, una y otra vez, la necesidad de la teoría capaz de superar “el puro coleccionismo de datos sin tasa y sin guía” (Medina Echavarría, 1941a:153).

En realidad, el núcleo del argumento no hacía más que prolongar un proyecto que había sido ya anticipado por Mannheim, el de una síntesis de la tradición de la sociología empírica norteamericana con la gran tradición teórica del viejo continente, síntesis que Medina Echavarría habría de expresar en la fórmula de “teoría y técnica”, con la que decidió apostrofar la reorientación de la sociología por él preconizada. En efecto, ya desde su nombramiento en Francfort, en 1930, Mannheim había manifestado un vivo interés por la investigación social norteamericana, separándose de la tradicional posición de sus colegas alemanes a este respecto, no sin subrayar, sin embargo, la falta de teorización de la *social research* y la correlativa necesidad de colocar sus hallazgos en los marcos de una teoría capaz de interpretarlos.²⁶ Incluso

²⁵ Fondo de El Colegio de México, sección de Archivos institucionales, subsección Fondo antiguo, caja 15, exp. 7, fojas 1-7.

²⁶ Véase Mannheim (1963a). Originalmente el texto fue una reseña de Mannheim sobre

el giro decididamente pragmático que adoptó la perspectiva de Mannheim a partir de su exilio en Inglaterra se debió a su contacto con la tradición del pragmatismo, especialmente con las obras de John Dewey, George Mead y Charles Cooley. En algunos escritos de esos años, pero especialmente en *Man and Society in an Age of Reconstruction*, Mannheim insistió en la significación positiva del pragmatismo por su contribución a la planificación social y al pensamiento interdependiente. De tal manera que la perspectiva de Mannheim ofrecía a la vez el prospecto de una sociología empíricamente orientada y los instrumentos analíticos necesarios para superar el empirismo característico de la tradición anglosajona.

La apuesta de Medina Echavarría por una sociología “científica” encendió la polémica en la comunidad de exiliados españoles, en la que la tradición del humanismo, actualizada a través del historicismo alemán y de la filosofía de Ortega y Gasset, era gravitante. Su compatriota José Gaos publicó una nota crítica originalmente titulada “Dios nos libre de las ‘ciencias’ sociales”, en la que advertía a Medina Echavarría que su proyecto de una definición científica de la sociología equivalía a una destrucción de las posibilidades de la libertad humana.²⁷ Gaos, que ya en su nota a propósito de la aparición de *Ideología y utopía* había puesto en duda la confianza de Mannheim en la supuesta visión general de los intelectuales, reprochaba a Medina Echavarría su excesiva asimilación de la razón a la ciencia, o más precisamente a una ciencia fundada en el modelo de la ciencia natural. A juicio de Gaos, una sociología entendida de esa manera terminaba siendo otra expresión del dominio de la sociedad por la técnica.

Meses más tarde, Medina Echavarría respondió la crítica de Gaos en una nota titulada “En busca de la ciencia del hombre”—publicada originariamente en *Cuadernos Americanos* e incluida más tarde en *Responsabilidad de la inteligencia* (1943)—. En su respuesta argumentó que el carácter instrumental y anticipatorio que ganaba una sociología científicamente orientada no significaba un daño para la libertad. Ciertamente, el conocimiento de los resultados probables de las acciones terminaba estrechando el margen de las expectativas, pero por eso mismo acrecentaba su potencialidad y seguridad. Las mayores probabilidades ofrecidas a la acción del ignorante—decía Medina Echavarría repitiendo el *dictum* de Max Weber— no implican una mayor libertad respecto del sabio constreñido por el conocimiento. Muy por

Methods in Social Science—del que Stuart A. Rice fue compilador—, publicada en 1932 en el *American Journal of Sociology*, vol. 38.

²⁷ Por decisión del editor de *El Noticiero Bibliográfico*, la nota fue publicada finalmente con el título de “Filosofía y sociología”, en FCE (1941a:1-7).

el contrario, una mayor libertad en las decisiones de los hombres es una función de su capacidad para predecir y anticipar sus resultados. En tal sentido, las mayores amenazas y limitaciones a la libertad no tenían su origen en un mundo científicamente orientado, sino en factores extra-científicos, tales como la rutina, la tradición, la superstición y los instintos de poderío. Estas mismas convicciones habían llevado a Medina Echavarría a reclamar una relación estrecha entre democracia y sociología. En un ensayo consagrado a *Libertad y cultura*, de John Dewey —un autor hacia el que Mannheim tenía una profunda admiración y que en su momento recomendó a los editores del FCE— escribió: “La democracia es un problema moral porque implica fe en las potencialidades variadas de la naturaleza humana; porque afirma el valor y el respeto de la personalidad; y porque mantiene que una cultura humanista es la que *debe* prevalecer. Pero es también cuestión de sociología, de ciencia, porque impone el examen objetivo de los factores reales que la hacen posible, y no en abstracto, sino aquí y ahora” (Medina Echavarría, 1939:269).

En cualquier caso, lo que esa polémica ponía al descubierto era la existencia de dos modelos de referencia para las ciencias sociales —el de las humanidades, en un caso, y el de la ciencia, en el otro—, tanto como la disputa por el control de algunos dominios de intervención y de competencia, especialmente moral y social, monopolizados hasta entonces por las disciplinas tradicionales, como el derecho y la filosofía. En efecto, la “reconstrucción de la ciencia social” propuesta por Medina Echavarría, fundada sobre el modelo de la ciencia, se erigía en un desafío a aquel monopolio, al elevar a la sociología —en la dirección establecida por Mannheim— a la categoría de aquella forma de pensamiento social capaz de ofrecer a los hombres los medios de orientación racional en el contexto de la nueva sociedad industrial.

Con todo, su prédica en favor de una “sociología científica” no habría de encontrar en México una recepción del todo favorable. El Centro de Estudios Sociales que dirigió en El Colegio de México sólo funcionó por tres años —entre 1943 y 1946— y de los dieciocho estudiantes que participaron de la experiencia solamente dos se graduaron. Ciertamente, su temprana salida de México, en 1946, ocasionada por diferencias nunca del todo aclaradas con Cosío Villegas, conspiró contra las posibilidades de establecer y consolidar un programa en esa dirección. Pero ello revela también que Medina Echavarría no parecía haber hallado en México las condiciones propicias para el desarrollo de dicho programa. En 1951, en un hecho por demás relevante para la historia de las ciencias sociales en México, se creó la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, en la Universidad Nacional Autónoma de México, articulada sobre la base de cuatro disciplinas: ciencias sociales, ciencia política, diplomacia y periodismo. De los 147 inscriptos durante su primer

año, sólo tres optaron por sociología (Reyna, 1979), lo que muestra que, no obstante los esfuerzos desplegados, la “sociología científica” preconizada por Medina Echavarría no formaba parte —y no formaría por un tiempo— de las expectativas de los estudiantes de ciencias sociales. En cualquier caso, la débil recepción de la “sociología científica” terminaría afectando, por transición, la recepción de Mannheim en México. Y en cierto modo también la de Max Weber, cuya difusión, patrocinada igualmente por Medina Echavarría en los mismos años, tampoco tuvo mayor resonancia en México. Como ha sido señalado, la publicación, en 1944, de *Economía y Sociedad* —la primera versión en lengua extranjera de dicha obra— no fue motivo de comentario o debate alguno, salvo entre la pequeña comunidad de trasterados españoles (Zabludovsky, 1998; más recientemente, Morcillo, 2008).

En cambio, una resonancia más favorable y una audiencia mejor predispuesta a su prédica hallaría Medina Echavarría en los países del Cono sur, especialmente en Argentina, Chile y Brasil (Blanco, 2007). En 1952 se trasladó a Chile para incorporarse a la CEPAL, y pocos años más tarde asumía la dirección de la Escuela Latinoamericana de Sociología, de la FLACSO, la primera escuela regional de sociología en América Latina. Sus trabajos de entonces, relativos a los aspectos sociales del desarrollo económico y la planificación social, de clara inspiración *mannheimiana*, se convirtieron rápidamente en una referencia central de esa nueva agenda que sería constitutiva del desarrollo de las ciencias sociales de posguerra, la del desarrollo y la modernización. Por lo demás, *Sociología, teoría y técnica* sería saludado por Gino Germani como el libro que inició “la ola de la sociología científica en América Latina” y un fragmento de aquel libro sería inscripto por Florestan Fernandes como epígrafe de sus *Fundamentos empíricos da explicação sociologica* (1953).

Gino Germani: la ciencia y la lucha antifascista

Para el caso de la Argentina, fue especialmente en los medios sociológicos donde la obra de Mannheim alcanzó mayor repercusión. Francisco Ayala, Miguel Figueroa Román y Gino Germani fueron sus principales lectores, propagandistas e intérpretes. Ayala se había graduado en derecho en la Universidad de Madrid, y al igual que su compatriota Medina Echavarría, había proseguido sus estudios en Alemania entre 1929 y 1931, más precisamente en Berlín, bajo el padrinazgo de Hermann Heller. Luego de la derrota de los republicanos en la Guerra Civil, se radicó en Argentina y rápidamente se integró al circuito de las instituciones centrales de la vida cultural argentina. Fue un asiduo colaborador de los medios liberales más prestigiosos, como

la revista *Sur* y el diario *La Nación*. Desde entonces y hasta 1950, cuando se trasladó a Puerto Rico, enseñó sociología en la Universidad del Litoral y en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

De forma paralela a sus actividades de enseñanza, y como ya fuera señalado, Ayala desarrolló también en Argentina una importante tarea de editor y traductor al frente de la primera colección de libros especializada en sociología, la Biblioteca de Sociología, de la editorial Losada. Durante su estancia en el país teutón se había familiarizado con la tradición de la sociología alemana y se convertiría en uno de sus principales traductores y divulgadores (Blanco, 2006a). En la primera mitad de los cuarenta publicó *Razón del mundo. Un examen de conciencia intelectual*, que, como tantos otros en su género, inquiría sobre la responsabilidad que le cabía a los intelectuales en “la catástrofe en la que actualmente se debate el mundo” (Ayala, 1944:15). En dicha obra Ayala fundamentó sus reflexiones sobre “la crisis social de la clase intelectual” con los argumentos desarrollados por Mannheim en *Ideología y utopía* y *Libertad y planificación*. Así, la pérdida de prestigio y de ascendencia social de los intelectuales tenía una razón sociológica bien precisa: el incremento numérico de la capa intelectual —fruto de la extensión de la enseñanza a sectores cada vez más amplios de la sociedad— y el correlativo descenso de su posición social. En otros términos, el sacerdocio laico que la intelectualidad había sido capaz de ejercer a la manera de una profesión liberal en el contexto de una sociedad burguesa abierta y fluida, estaba ahora amenazado por la creciente proletarización de las actividades intelectuales. Pero a la hora de pronunciarse acerca del papel del intelectual en la nueva situación, Ayala se apartaría de Mannheim y adoptaría en cambio una posición en la línea del Julien Benda de *La trahison des clercs*. Así, antes que agentes de una síntesis dinámica de las distintas perspectivas encarnadas por los diferentes grupos sociales, los intelectuales debían prepararse “mediante un disciplinado ascetismo mental, a recibir el mensaje de los valores absolutos capaces de salvar la cultura, en el instante preciso en que el giro de la historia les permita entreverlos” (Ayala, 1944:171).

Miguel Figueroa Román fue otra de las figuras receptoras a la obra de Mannheim. Abogado de formación, durante la primera mitad de los cuarenta enseñó sociología en la Universidad Nacional de Tucumán y en 1945 fundó en esta última el Instituto de Sociografía y Planeación. Crítico de las concepciones enciclopédicas y filosóficas de la disciplina, insistió en la necesidad de incorporar la investigación empírica a la enseñanza de la sociología. Sentía una profunda admiración por la sociología norteamericana y estaba al tanto de las principales técnicas de la investigación social. Sus principales preocupaciones giraron en torno a las cuestiones relativas a la planificación social y su inte-

rés por Mannheim se vincula con su proyecto de conectar el desarrollo de la sociología con la planificación social. En 1946 publicó un libro emblemático a este respecto, *Sociografía y planificación*, en el que articuló una visión de la sociología de clara filiación *mannheimniana*, como aquella ciencia en condiciones de ofrecer una perspectiva integral o de conjunto de los fenómenos sociales. En su opinión, la solución a los problemas sociales que enfrentaba la época requería el desarrollo de una nueva disciplina, la “planificación”, que solamente la sociología, dada su “visión integral” de los fenómenos sociales, estaba en condiciones de admitir en su seno. “Sólo el sociólogo —decía— puede asumir en el equipo la función coordinadora de los distintos especialistas, ingenieros, arquitectos, economistas, higienistas, agrónomos, juristas, etc., que tienen a su cargo las tareas específicas, tanto en los estudios previos como en la concepción de los planes correspondientes a sus respectivos sectores” (Figueroa Román, 1946:10). En cierto modo, la referencia a Mannheim le permitió a Figueroa Román otorgar carta de “nobleza intelectual” a un *métier* que, como el de la investigación social, era visto más como una técnica que como una ciencia en la comunidad de los sociólogos de entonces.

Pero fue sin duda en los escritos de Gino Germani donde algunas de las ideas de Mannheim encontraron un eco más amplio y duradero a la vez que un desarrollo más sistemático. Durante toda la década de los cuarenta, la obra de Mannheim fue gravitante en los textos de Germani y una de las fuentes formativas de su visión del mundo moderno. Al igual que Medina Echavarría y Francisco Ayala, durante esos años también Germani desarrolló una extensa labor editorial como director de las colecciones Ciencia y Sociedad y Biblioteca de Psicología Social y Sociología, en las editoriales Abril y Paidós, respectivamente (Blanco, 2006a). Publicó, en algunos casos acompañado de un prólogo, cinco títulos de Harold Laski, el padrino intelectual de Mannheim en Inglaterra, y siete títulos de la International Library of Sociology and Social Reconstruction, la colección que dirigía Mannheim en Inglaterra. La huella de este último se advierte igualmente en el temario de un curso sobre “Sociología de las élites”, que impartió Germani a mediados de los cuarenta en el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, y especialmente en los puntos referidos a la situación de las élites en una sociedad de masas, problema que Mannheim, como es conocido, había desarrollado *in extenso* en *Man and Society in a Age of Reconstruction*.

En la primera mitad de los años cuarenta, la sociología se hallaba en una situación relativamente similar a la de México. En efecto, no obstante los primeros signos promisorios de implantación institucional —en 1942 se puso en funcionamiento el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires y su primera publicación oficial, el *Boletín del Instituto de Socio-*

logía—, la inserción de la sociología en el sistema universitario no era todavía la de una disciplina autónoma, sino “auxiliar” de, o subordinada a, las disciplinas tradicionales, en especial el derecho y la filosofía. Una rápida morfología revela, además, que salvo algunas excepciones la mayoría de quienes por entonces tenían a su cargo la enseñanza de la sociología eran abogados de formación y la enseñanza de la disciplina era, para la gran mayoría, una actividad subsidiaria de su actividad principal. Incluso la trayectoria de algunos muestra que la carrera intelectual no estaba disociada de una carrera política. Por lo demás, en términos intelectuales la disciplina era objeto de diversas representaciones y estaba asociada a distintas actividades intelectuales. La misma producción intelectual de esos años atestigua esa falta de unidad y dirección intelectual: junto al tratado y el libro de texto convivían el ensayo político, la historia de las ideas y, en menor medida, el informe de investigación.

Fue en ese contexto que Germani, al igual que Medina Echavarría, inició una campaña en favor de la conversión de la sociología en una ciencia empírica. Karl Mannheim fue una referencia central de esa campaña. Pero, ¿en el contexto de qué preocupaciones Germani hizo suyo el ideal de la ciencia? ¿Qué sentido tenía para Germani el reclamo del título de una ciencia para la sociología? En principio, un sentido instrumental. En 1946 publicó el ensayo “Sociología y planificación”, que era todo un programa para la disciplina y en el que defendió y fundamentó una visión de la sociología en la dirección establecida por Mannheim, es decir, como aquella disciplina en condiciones de ofrecer los medios racionales de orientación en una sociedad en crisis. Germani presentó su defensa y fundamentación en los términos de una reconstrucción histórica de los orígenes de la ciencia social, en la que procuró mostrar la existencia de una íntima vinculación entre el desarrollo de la sociología y el “movimiento general del mundo moderno hacia una extensión progresiva del dominio de la racionalidad”, que ya no quedaba restringida a los ámbitos tradicionales de la economía y la administración, sino que tendía a abarcar la totalidad de las relaciones sociales. Este proceso de racionalización, del que la planificación era su expresión contemporánea, había puesto en crisis los cuadros tradicionales de la estructura comunitaria; y con ella los elementos de referencia de la acción social, el conocimiento recíproco y la tradición. En este sentido, la nueva situación colocaba a los hombres frente “a la necesidad de realizar elecciones deliberadas ahí en donde antes se limitaban a seguir las pautas asignadas por la tradición” (Germani, 1956a [1946]: 140).²⁸ Pero esa elección exigía un conocimiento de las fuerzas colectivas

²⁸ Las fechas encerradas entre corchetes corresponden a la edición original.

que obraban como contexto de la acción. En los términos de la sociología del conocimiento de Mannheim, el nacimiento de la sociología —decía Germani— debía ser comprendido entonces como una respuesta a aquella necesidad de elección.

Así, en el contexto de una crisis de la tradición, la sociología estaba llamada a ejercer una función de orientación de la acción. “Sociología y acción social” sería precisamente el título que, diez años más tarde, escogería Germani para denominar la tercera sección de *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*, y en la que incluyó el ensayo que estamos comentando. Pero la posibilidad misma de esa función de orientación exigía —a su juicio— la conversión de la sociología en una ciencia positiva, empírica e inductiva, pues sólo de ese modo estaría en condiciones de descubrir uniformidades de conducta cuyo conocimiento pudiera ingresar en la elaboración de estrategias de planificación. “La sociología —escribía— no puede dejar de ser una ciencia empírica e inductiva si es que verdaderamente quiere cumplir su función orientadora en una sociedad que se encamina hacia la planificación” (Germani, 1956a [1946]:147). En cambio, una concepción de la sociología orientada a escrutar el significado de los fenómenos sociales sobre la base del presupuesto de su carácter único, individual e irrepetible, cerraba la posibilidad de vincular sociología y planificación. Así, al conectar el surgimiento de la sociología con el proceso más general de racionalización, la sociología del conocimiento *mannheimiana* ofrecía a Germani la posibilidad de legitimar su defensa de una sociología científica sobre la base de sus potencialidades prácticas respecto de las posibilidades de un control racional de la vida social.

Pero aquella reivindicación de la ciencia tenía, igualmente, una connotación decididamente política y era parte de un debate, propio de esos años, relativo a las relaciones entre *ethos* científico y democracia como de una preocupación de los intelectuales antifascistas por reafirmar la idea de que la ciencia y la democracia encarnaban los mismos valores anti-autoritarios.²⁹ Tanto una como la otra —se decía— compartían cualidades tales como la libertad de pensamiento y el respeto por la dignidad de la persona humana. En efecto, fue especialmente en el mundo anglosajón en donde los intelectuales antifascistas participaron de un intenso y agitado debate que el entonces joven Robert Merton calificó como “un conflicto revolucionario de las culturas”, y donde insistieron en que la empresa científica era la expresión de una cultura política democrática. John Dewey, Morris Cohen, Walter Lipp-

²⁹ Los párrafos siguientes reproducen, con ligeras modificaciones, un argumento desarrollado en Blanco (2006b).

mann y Horace Kallen fueron sus más firmes proponentes, aunque no los únicos. Filósofos como Sidney Hook y Ernest Nagel y científicos sociales como Robert McIver, Melville Herskovitz, Robert Lynd y Margaret Mead, se contaron también entre sus portavoces. En algunos textos de esos años, pero especialmente en *Freedom and Culture* —traducido por una editorial rosarina, en 1946— Dewey, que ya para entonces se había convertido en un intelectual influyente en algunos círculos de pensamiento locales (Blanco, 2006a), había puesto de relieve algo así como el código moral de la ciencia caracterizado por una disposición favorable a conservar las creencias en suspenso y a mantener la duda hasta el logro de la evidencia; a llegar hasta donde la evidencia apunta en vez de quedarse con una conclusión dictada por una preferencia personal, y a emplear las ideas como hipótesis sujetas a prueba antes que como afirmaciones dogmáticas.

Por esos años, este evangelio de las afinidades entre el *ethos* de la ciencia y el *ethos* de la democracia adoptaría, en la reflexión de Robert Merton, la forma de un argumento sociológico. En “A Note on Science and Democracy” (1995) [1942], escrito en el contexto de una consideración explícita de la relación del nazismo con la ciencia, Merton declaraba que “la rebelión contra la ciencia (...) se ha impuesto ahora a la atención tanto del científico como del profano” y ha conducido a los científicos a reconocer su dependencia de determinados tipos de estructuras sociales. Aun admitiendo el carácter tentativo de los resultados de la investigación en este terreno y consciente de que el cultivo de la ciencia no se limitaba a la democracia (diferentes estructuras sociales, en efecto, habían dado apoyo a las actividades científicas), Merton creía haber hallado, sin embargo, alguna base para el supuesto provisional de que “a la ciencia se le ofrece oportunidad de desarrollo en un orden democrático integrado con el *ethos* de la ciencia” (Merton, 1995 [1942]:638). El examen de la estructura normativa de la ciencia era para Merton la mejor prueba de que la ciencia constituía la expresión de una cultura política democrática. Y en especial la norma del “universalismo”, que Merton contrastó categóricamente con el nazismo y a la que no casualmente consagró una mayor atención frente a las otras tres normas restantes (comunismo, desinterés y escepticismo organizado). Y es que Merton era extremadamente consciente de la significación política de la norma del universalismo en la ciencia, es decir, de la declarada determinación de los científicos a ignorar atributos particularistas tales como raza, nacionalidad, religión, clase y cualidades personales a la hora de evaluar la validez de un conjunto de proposiciones y adoptar, en su lugar, criterios impersonales y objetivos de validación (Hollinger, 1983). “Por inadecuadamente que se lo ponga en práctica —decía Merton— el *ethos* de la democracia comprende el universalismo como principio guía predominan-

te. La democracia equivale a la eliminación progresiva de restricciones al ejercicio y desarrollo de talentos socialmente valorados. (...) En la medida en que persistan esas restricciones, se las considera como obstáculos en el camino de la democratización total. (...) En la medida en que una sociedad es democrática, ofrece lugar para el ejercicio de criterios universalistas en la ciencia” (Merton, 1995 [1942]:641-642).

El compromiso de Germani con la ciencia debe ser interpretado también en el contexto de este debate como de su participación en una “comunidad de discurso” a la que se sentía muy próximo. En principio, como editor, había publicado obras de John Dewey, Walter Lippman, Morris Cohen y Margaret Mead, y en los años cuarenta formaba parte de la comunidad italiana antifascista en Argentina. Italiano de origen, había llegado a Argentina en 1934 después de cumplir una condena de cuatro años de confinamiento por sus actividades antifascistas. Ya en Argentina había consagrado a la problemática del fascismo una serie de artículos en distintas publicaciones de la comunidad italiana local. Cuando Italia entró en la guerra, y como consecuencia de las divisiones que se produjeron entre los exiliados italianos en Argentina, formó parte del grupo de italianos antifascistas que se separaron de la Asociación Cultural Italiana Dante Alighieri y crearon la Asociación Nuova Dante. A mediados de los cuarenta la nueva asociación lanzó la edición de *Italia Libbre*, un semanario bilingüe que se imprimía en los talleres gráficos del diario socialista *La Vanguardia* (Fanesi, 1994).

Pero estaba al corriente, además, de otra gran avenida por la que transitaba esa reivindicación de la ciencia como un ideal cognitivo y político-cultural, la del neopositivismo, que a partir de los años treinta se convertiría en una importante fuente de inspiración de todos aquellos que procuraban convertir a la sociología en una “ciencia”. Sus principales proponentes fueron Carl Hempel —autor, junto a Morris Cohen, de *El método científico*— Herbert Feigl, Rudolph Carnap, John von Neumann, Philip Frank y Hans Reichenbach —autor, este último, de uno de los manifiestos del movimiento, *La filosofía científica*, traducido por el FCE en 1953—. En 1956 Germani publicó dos títulos que prueban su participación en esta comunidad de discurso: *La sociedad abierta y sus enemigos*, de Karl Popper, y *Razón y naturaleza. Un ensayo sobre el significado del método científico*, de Morris Cohen. Asimismo, las palabras con que acompañó el prólogo a la edición de esta última obra revelan la naturaleza eminentemente política del debate en torno a la ciencia. El estallido de la Primera Guerra, decía, socavó “la fe en la razón (...) para asegurar al hombre un creciente e indefinido desarrollo de su propia humanidad, de sus *valores universales* como ser humano. Ya sabemos qué ocurrió después. (...) La humanidad fue reemplazada por la raza, la clase o

la nación; (...) la libre discusión de ideas, que se suponía habría de llevar a la verdad a través de procedimientos discursivos y racionales, fue sustituida por la propaganda potenciada por los medios de difusión..." (Germani, 1956b:1).

De manera tal que esa reivindicación de una sociología científica era parte de un programa político-cultural más ambicioso, el de una "cultura científicamente orientada" en el contexto de una batalla cultural (*Kulturkampf*) que en la Argentina de esos años enfrentaba a la cultura laica con una cultura católica por entonces en ascenso en los medios intelectuales locales, y especialmente en los medios sociológicos. En efecto, de finales de los años treinta en adelante, distintas figuras intelectuales del mundo católico articularon un encendido ataque contra las tentativas de hacer de la sociología una ciencia empírica o positiva (Blanco, 2006a). Ese ataque era parte de una ofensiva política y cultural más amplia contra las distintas expresiones del laicismo, y en especial contra los principios de la reforma universitaria. Con el golpe militar de junio de 1943 dicha ofensiva alcanzaría dimensión institucional. El nuevo régimen militar sancionó el carácter obligatorio de la enseñanza religiosa y en la Universidad de Buenos Aires el diploma de doctor en Teología fue reconocido como título habilitante para la enseñanza de la filosofía, la psicología moral y el latín. Con el ascenso del peronismo al poder, en 1946, el plantel de los profesores que tenían a su cargo la enseñanza de la sociología en las distintas universidades del país experimentó un cambio morfológico significativo como consecuencia de la violenta intervención del nuevo gobierno en las universidades. En su gran mayoría, esos nuevos profesores tenían una acreditada militancia en el movimiento católico y habían sido colaboradores de los principales semanarios católicos y nacionalistas de las décadas de los treinta y cuarenta. En algunas de las expresiones de los principales portavoces de esta concepción metafísica de la sociología, esta última adquirió los rasgos de una crítica conservadora del mundo moderno. Ahí estaban los temas clásicos del conservadurismo decimonónico, mezclados con motivos orteguianos, muy recurrentes, por lo demás, en la literatura sociológica del periodo: una crítica a la tradición liberal-individualista-utilitaria y el reclamo de una recuperación y restauración de los valores del mundo clásico y del cristianismo, una crítica al carácter impersonal de la vida en las grandes urbes y la consecuente deshumanización del hombre, la reducción de este último al hacer técnico, y la reivindicación de la jerarquía, la familia y las asociaciones intermedias.

En un ensayo de esos años, uno de los profesores de sociología de la Universidad de Buenos Aires escribía: "Nuestra educación no tiene en cuenta esta categoría política tan importante como es la jefatura, ni le interesa la

formación de la conciencia del jefe, en todo varón. Todo ciudadano debe saber mandar y obedecer en una democracia auténtica. (...) El varón es jefe, no sólo en el grupo familiar sino en los distintos sectores de la sociedad. Es notoria la menor capacidad de la mujer para la filosofía, para ‘vivir’ lo objetivo, lo trascendente intelectual” (Pichón Riviére, 1948:46-47 y 60). Por cierto, y si bien diferentes concepciones del mundo social fueron articuladas incluso por aquellos que no obstante compartían un suelo cultural común —la cultura católica—, esta última declaración revela, al menos de manera aproximada, el clima ideológico en el que tuvo lugar la enseñanza de la sociología durante la segunda mitad de los años cuarenta y primera mitad de los cincuenta. En tal sentido, la publicación por parte de Germani de una obra “menor”, como *El carácter femenino. Historia de una ideología*, de Viola Klein, sólo adquiere pleno sentido colocada en el contexto de ese nuevo clima ideológico y como parte de aquella *Kulturkampf*. La obra, que había aparecido en la colección que dirigía Mannheim con un prólogo de este último (reproducido en la edición castellana), fue publicada por Germani en 1951 y presentada a los lectores hispanohablantes como “un hermoso ejemplo de la aplicación concreta del método de investigación formulado y propugnado por él —Mannheim—, y a la vez de los principios fundamentales de su sociología del conocimiento” (Germani, 1951a:7). Los términos de la presentación inscriptos en la contraportada de la edición castellana eran deliberadamente polémicos: “cuáles son —decía— los rasgos de la personalidad femenina que nacen con la mujer y cuáles aquellos que sólo son producto de su situación histórica y social? ¿Existen en realidad cualidades específicamente femeninas? ¿Es la mujer más o menos inteligente que el hombre? ¿Son sus aptitudes diferentes a las de éste?” En cualquier caso, los términos de esa presentación revelan que la edición de esa obra, y por transición la referencia a Mannheim en ella, eran parte de una batalla cultural ya no solamente librada en el campo disciplinario, sino en el terreno más general de la cultura y en favor de una moral secular sociológicamente informada.

Pero el interés de Germani por la obra de Mannheim no quedaría limitado a las posibilidades abiertas por una visión pragmático-empírica de la disciplina y conectada con las tareas de la planificación social. Dicho interés se haría igualmente extensivo a la necesidad —subrayada con insistencia por Mannheim— de incorporar las enseñanzas de Freud a la explicación de los fenómenos sociales en general, pero más especialmente del fenómeno del totalitarismo. Ya hacia mediados de los treinta, en efecto, Mannheim había señalado la necesidad de trascender el aislamiento de la sociología en favor de una unificación con otras ciencias sociales, y en especial con la psicología. La comprensión de las actitudes y de las motivaciones de la

acción exigía, a su juicio, el desarrollo de una “psicología sociológica”.³⁰ Desde su emigración a Inglaterra, y en parte por influencia de su esposa, psicoanalista de profesión, el psicoanálisis había adquirido un lugar cada vez más relevante en sus trabajos en el contexto de su interés por un tratamiento más sistemático de los aspectos psicológicos del proceso social. A partir de entonces Mannheim comenzó a familiarizarse con los escritos de Freud y de sus seguidores europeos y norteamericanos, y en especial de las versiones más sociologizantes promovidas por el movimiento del “psicoanálisis revisionista”. Estaba convencido de que el análisis de las fuentes sociales e institucionales de la “inseguridad colectiva” y de las ansiedades que aquejaban al hombre moderno debía ser encarado, también, desde un punto de vista psicológico. Llegó a pensar, incluso —y en parte por influencia de la obra de Harold Lasswell, *Psicopatología y política*— que el fascismo y la guerra debían ser vistos, al menos en parte, como un problema de psicopatología. Más tarde, y ya al frente de la International Library of Sociology and Social Reconstruction, Mannheim abriría una sección dedicada al tema, titulada precisamente *Sociology and Psychology of the Present Crisis*. Por los mismos años, como es sabido, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Francfort emprendía un reorientación de la teoría social en una dirección similar y hacia la que Germani, como he mostrado en otra parte, estaba igualmente atento (Blanco, 2006a).

En un hecho por demás expresivo de la importancia que Germani asignaba a esa dimensión de análisis lo constituye su edición, en 1947, de *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, que procuraba explicar las razones del ascenso del nazismo al poder desde el punto de vista de un enfoque sociopsicológico. La obra, traducida por el propio Germani y acompañada de un prólogo, había sido editada por Mannheim en la mencionada sección de *Sociology and Psychology of the Present Crisis* de la International Library of Sociology and Social Reconstruction. Pocos años más tarde, Germani editaba otro título de la colección de Mannheim, que, aunque más programático, iba en la misma dirección: *Psicoanálisis y sociología*, de W. Hollitscher. Por eso tampoco sorprende el contacto que Germani mantuvo durante estos años con las investigaciones del Instituto para la Investigación Social de la Universidad de Francfort, y en especial con aquellas concernientes al fenómeno del autoritarismo moderno, y que tenían en común con la obra de Mannheim y de Fromm esa subestructura característicamente alemana de teoría social y psicológica (Hughes, 1977). En cualquier caso, lo cierto es

³⁰ Véase Mannheim (1963b). El ensayo recoge una conferencia que dictó Mannheim en Inglaterra, en 1936.

que de ahí en adelante la reflexión de Germani en torno a la relación entre psicoanálisis y sociología como el proyecto más general de edificación de una renovada psicología social estaría en el centro de sus preocupaciones (Blanco, 2006b).

La obra de Mannheim, *Last but no least*, proporcionó a Germani no solamente una visión de la disciplina, sino también un nuevo vocabulario —sociedad de masas, industrialización, racionalización, planificación— y una serie de claves interpretativas relativas a la naturaleza de la sociedad moderna. En la visión de Mannheim —que Germani haría suya— esas claves remitían a los procesos de racionalización e interdependencia creciente de las partes. Según Mannheim, uno de los problemas que enfrentaban las sociedades modernas radicaba en el desarrollo asimétrico de la racionalidad funcional y de la racionalidad sustantiva. De acuerdo con el autor, la primera es aquella que prevalece en una organización de las actividades humanas en las que los hombres se convierten en parte de un proceso mecánico donde cada uno tiene asignados una posición y un rol funcionales; la segunda, en cambio, alude a los actos del pensamiento capaces de capturar la conexión o interdependencia de los diferentes elementos que componen una situación social. “La industrialización creciente —escribía Mannheim— favorece por fuerza sólo la racionalidad funcional, es decir, la organización de las conductas de los miembros de una sociedad en ciertos terrenos. Pero no exige en igual medida la ‘racionalidad sustancial’, es decir, la facultad de actuar en situaciones dadas con capacidad de juicio a base de una propia inteligencia de las conexiones” (Mannheim, 1984:44). De tal manera que el predominio de la racionalidad funcional, capaz solamente de proporcionar los medios más eficaces para alcanzar determinados fines, pero incapaz de proveer una orientación moral y normativa, tenía como consecuencia privar a los hombres de la capacidad de ejercer un control racional sobre los procesos sociales. Ahora bien, si esa desproporción o desarrollo asimétrico de la racionalidad era problemática, lo era precisamente a la luz de dos rasgos novedosos, que según Mannheim caracterizaban a la moderna sociedad de masas: la participación progresiva de las masas en la vida política y social y el carácter crecientemente interdependiente de las distintas esferas de la vida social. Consecuentemente, una distribución desigual de los hábitos racionales de pensamiento se erigía en una amenaza a su estabilidad. “Nuestro actual orden social —advertía Mannheim— se desplomará si el dominio y autodomínio racional del hombre no guarda el paso con el desenvolvimiento técnico” (Mannheim, 1984:26).

En algunos escritos de esos años, pero especialmente en “Anomia y desintegración social” (1945), Germani articuló una visión de la crisis del

mundo moderno en la dirección establecida por Mannheim (arriba comentada). En principio, antes que al despliegue de la razón misma —o de la racionalización—, esa crisis debía ser atribuida a un desarrollo unilateral de esta última, que venía a expresarse en la existencia —señalada con insistencia por Mannheim— de un desajuste o una desproporción entre el nivel alcanzado por el hombre en el conocimiento y dominio de la naturaleza y el predominio de la irracionalidad de la vida social y moral. Dicho de otro modo, la racionalidad alcanzada en la esfera científico-tecnológica no se veía acompañada de una organización racionalmente equivalente de las capacidades humanas. En términos más decididamente sociológicos, la crisis de la sociedad moderna era el producto de las tensiones originadas como consecuencia de la emergencia de la moderna sociedad de masas o del proceso más general denominado por Mannheim “democratización fundamental”, y que implicaba la ampliación de la participación social y política a sectores sociales anteriormente excluidos de ella. Si esa incorporación de las masas a la vida social y política debía acreditarse como parte de un proceso de carácter emancipatorio, ella venía a plantear, no obstante, el problema de la integración y adaptación de los sectores emergentes a las nuevas formas de vida caracterizadas por el predominio de las grandes organizaciones de masas y el correlativo declive de las formas tradicionales de integración. La incorporación de las masas al sistema político debía entonces correr paralela a una extensión de la racionalidad en esferas de la conducta en las que antes dominaba la aceptación de los dictados de la tradición y la costumbre. Fue en el contexto de este esquema más general de cuño *mannheimniano* en el que Germani elaboraría, años más tarde, su interpretación tanto del peronismo como de los movimientos nacional-populares de América Latina.

Epílogo

Las consideraciones realizadas en las secciones precedentes permiten extraer algunas conclusiones relativas a las modalidades de difusión y apropiación de la obra de Mannheim en el proceso de formación de la sociología en América Latina. En principio, su difusión entre nosotros se inscribió en el contexto de una disciplina en formación, como de la existencia de distintas apuestas y proyectos intelectuales para la ciencia social. En efecto, hacia los años cuarenta la emergencia de una serie de instituciones especializadas en los estudios sociológicos, así como de publicaciones especializadas, sociedades doctas y un mercado del libro especializado atestiguan la existencia de un campo en formación. Por cierto, y no obstante esa progresiva implan-

tación institucional, la sociología tenía, todavía, una posición marginal en el sistema académico. Su enseñanza era impartida en el contexto de disciplinas ya existentes, en especial el derecho y la filosofía. En cualquier caso, fue en ese contexto que surgió una serie de reclamos de renovación de los ideales intelectuales de la disciplina que vinieron a resumirse en el proyecto de hacer de la sociología una ciencia empírica y analítica. Un componente importante de aquella renovación fue la invocación de la sociología norteamericana como un modelo de referencia. Las manifiestas simpatías de Mannheim hacia la tradición de la sociología norteamericana, no obstante sus reservas, fue sin duda un elemento que incidió favorablemente en su recepción.

Asimismo, la recepción de Mannheim abrió a esta generación de sociólogos la posibilidad de articular una concepción de la ciencia social, teórica a la vez que pragmática, y conectada con las tareas prácticas de una ilustración de la voluntad política. En el contexto de una disputa en torno a la identidad disciplinaria, la obra de Mannheim —que sería invocada casi con exclusividad por los miembros de la nueva generación como un instrumento de combate frente a las concepciones de la sociología que juzgaban enciclopédicas o tradicionales— ofreció a dicha generación el sentido enfático de una “misión” para la ciencia social, la de intervenir en el control y la orientación de los procesos de cambio social y trascender, de esta manera, la posición que hasta ese momento les había reservado el sistema académico, la de profesores al servicio de la formación escolar o enciclopédica de los estudiantes de las carreras tradicionales. De esta manera, Mannheim proporcionó una serie de ideales utópicos y, con ello, los elementos de una nueva ideología profesional que los *outsiders* empuñarían contra los ya “establecidos” con el fin de legitimar no solamente su condición de nuevos productores culturales, sino también su reclamo a una autoridad superior en los asuntos concernientes a la naturaleza del hombre y de la sociedad.

La posibilidad misma de esa “misión”, claro está, vino a fundarse en una nueva visión de la sociedad y de sus problemas o, lo que es mejor, en un concepto enfático de sociedad. “Nuestro tiempo es social por excelencia —señalaba Medina Echavarría—, en el sentido de una conciencia clara en unos, o de una percepción más o menos turbia en otros, de la importancia de lo social para la vida humana”. Aquella nueva visión —que tanto Medina Echavarría como Germani heredarían de Mannheim— era la de un universo social altamente interdependiente y en continua transformación por obra de la racionalización. A este respecto, en las páginas finales de *Sociología, teoría y técnica*, Medina Echavarría escribía: “El tránsito a una estructura social que ya no permite dejar al azar el ajuste de sus problemas parciales, arrastra la necesidad de que las ciencias humanas abandonen definitivamente las actitu-

des con las que hasta ahora venían trabajando. Y esa nueva actitud tiene que estar dominada por las ideas de interdependencia y funcionalidad” (Medina Echavarría, 1941a:189). En un universo social de esa naturaleza, la predicción se volvía una tarea críticamente importante, precisamente a raíz del carácter omnipresente e incesante del cambio. Se trataba, entonces —como diría Germani repitiendo un *dictum* de Mannheim—, de poner al descubierto “los *principia media* que rigen el equilibrio y la dinámica de los hechos sociales en un acontecer históricamente determinado” (Germani, 1951b:4). Pero también, y por la misma razón, esa tarea se tornaba extremadamente dificultosa, precisamente por la naturaleza interdependiente de los eventos sociales. En consecuencia, la predicción misma sólo podía ser alcanzada al cabo de una exhaustiva investigación empírica y siempre de manera tentativa y probabilística. En cualquier caso, era esa una tarea que demandaba una reforma intelectual a la vez que organizativa de la ciencia social: la conversión de la sociología en una ciencia empírica y analítica y el abandono de un cultivo *amateur* de la ciencia social en provecho de la formación de una comunidad disciplinaria y de investigación, regida por un conjunto de normas, procedimientos, valores y criterios académicos y científicos de validación.

En tal sentido, la importancia de Mannheim en los años formativos de la moderna sociología en América Latina debe ser atribuida no solamente a los instrumentos cognitivos que proporcionó, sino a los elementos de auto-identidad con los que esa nueva generación de científicos sociales definió su posición tanto en el contexto más general de la élite intelectual como en el campo más particular de las ciencias sociales. Así, en la concepción *mannheimiana* de una ciencia social consagrada a las tareas de la “planificación social” —una fórmula que poco después sería relevada por la del “desarrollo económico”—, esta generación de sociólogos encontró una forma de comprometer a la sociología con las cuestiones del debate público, a la vez que un modo de disputar la autoridad intelectual a la élite tradicional en nombre de una nueva *expertise* intelectual. En tal sentido, la difusión de Mannheim en América Latina fue parte de un proceso más vasto que acompañó y contribuyó en parte a legitimar el de una nueva división social del trabajo experto, así como la correlativa formación de una nueva *intelligentsia*, la de los científicos sociales, aglutinados en torno a una visión común de la ciencia social y cuya defensa de una sociología “científicamente” orientada sería parte de un compromiso cultural y político más amplio: el de una modernización y democratización de los países de la región (Blanco, 2007). En suma, la gravitación de Mannheim en esta generación de científicos sociales fue sin duda un elemento decisivo de su auto-representación en tanto *intelligentsia* del mundo moderno.

Pero además el modelo *mannheimniano* del *sociologue engagé* ofreció a algunos de ellos la oportunidad de traducir y articular en un discurso intelectual sus inquietudes políticas en torno al porvenir de la democracia en el contexto de una sociedad de masas, a la vez que la posibilidad de trascender los muros de la academia a los que hasta entonces había confinado el discurso de la sociología. Curiosamente, y no obstante las diferencias de formación y de trayectoria intelectual, las dos figuras intelectuales que adoptaron de manera más decidida la visión *mannheimniana* de la ciencia social —Medina Echavarría y Germani— tenían algo en común: la experiencia del totalitarismo y/o la emergencia de regímenes políticos que habían venido a desafiar el liberalismo y habían puesto en crisis la democracia. Dicha experiencia marcaría fuertemente sus trayectorias sociales. Medina Echavarría, que había participado activamente en la vida política de la república española, debió exiliarse en México como consecuencia de la derrota de aquélla en manos de los franquistas. Germani había abandonado su país de origen luego de cuatro años de confinamiento por sus actividades antifascistas. En ese sentido, su recepción de Mannheim estuvo mediatizada por compromisos intelectuales y políticos más amplios que los estrictamente disciplinarios.

Recibido: julio de 2008

Revisado: octubre de 2008

Correspondencia: Centro de Estudios e Investigaciones/Universidad Nacional de Quilmes/R. Sáenz Peña 352/Bernal/Argentina/C. P. B1876BxD/Tel. (5411)4365-7100, ext. 155/correo electrónico ablanco@unq.edu.ar

Bibliografía

- Arguedas, Ledda y Aurora Loyo (1979), “La institucionalización de la sociología en México”, en L. Arguedas, *Sociología y ciencia política en México (un balance de veinticinco años)*, México, UNAM, pp. 5-39.
- Ayala, Francisco, (1944), *Razón del mundo: un examen de conciencia intelectual*, Buenos Aires, Losada.
- Blanco, Alejandro (2007), “Ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1965)”, *Tempo Social. Revista de sociologia da USP*, vol. 19(1), pp. 89-114.
- (2006a), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (selección y estudio preliminar) (2006b), *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 9-51.

- (2004), “Max Weber na sociologia argentina (1930-1950)”, *DADOS, Revista de Ciências Sociais*, Instituto Universitário de Pesquisas do Rio de Janeiro (IUPERJ), núm. 4, pp. 669-701.
- Coser, Lewis (1977), “Karl Mannheim, 1893-1947”, en L. Coser, *Masters of Sociological Thought: Ideas in Historical and Social Context*, Nueva York, Harcourt Brace and Company, pp. 428-463.
- De Imaz, José Luis (1977), *Promediando los cuarenta*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Díaz Arciniega, Víctor (1996), *Historia de la casa, Fondo de Cultura Económica (1934-1996)*, México, FCE.
- Elias, Norbert (1991), *Norbert Elias par lui-même*, París, Fayard.
- Fanesi, Pietro Rinaldo (1994), *El exilio antifacista en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 2 vols.
- Fernandes, Florestan (1976), “As Publicações Póstumas de Karl Mannheim”, en F. Fernandes, *Ensaio de sociologia geral e aplicada*, São Paulo, Livraria Pioneira Editora, pp. 391-408.
- Figueroa Román, Miguel (1946), *Sociografía y planificación*, Tucumán, Universidad Nacional Autónoma de Tucumán.
- Floud, Jean (1969), “Karl Mannheim (1893-1947)”, en Timothy Raison (ed.), *The Founding Fathers of Social Science*, Londres, Penguin Books, pp. 204-213.
- FCE (1999), *Autores y traductores del exilio español en México*, México, FCE.
- (1941a), *El noticiero bibliográfico*, vol. 2, núm. 51, octubre.
- (1941b), *El noticiero bibliográfico*, vol. 2, núm. 8, febrero.
- Gaos, José (1941), “El libro de nuestros días”, *El noticiero bibliográfico*, vol. 2, núm. 49, octubre, pp. 1-4.
- Germani, Gino (1956a) [1946], *La sociología científica: apuntes para su fundamentación*, Cuadernos de Sociología, México, UNAM.
- (1956b), “Prólogo”, en Morris R. Cohen, *Razón y naturaleza: un ensayo sobre el significado del método científico*, Buenos Aires, Paidós, pp. 11-15.
- (1951a), “Presentación de la edición castellana”, en Viola Klein, *El carácter femenino: historia de una ideología*, Buenos Aires, Paidós, pp. 7-10.
- (1951b), “Presentación de la edición castellana”, en Walter Hollischer, *Psicoanálisis y sociología*, Buenos Aires, Paidós, pp. 6-11.
- (1945), “Anomia y desintegración social”, *Boletín del Instituto de Sociología*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, núm. 4, pp. 45-62.
- Girola, Lidia y Margarita Olvera (1998), “La sociología en México en los años cuarenta y cincuenta”, en J. F. Leal, A. Andrade y L. Girola (coords.), *Estudios de teoría e historia de la sociología en México*, México, UAM-A, pp. 65-97.
- Gurrieri, Adolfo (comp.) (1980), *La obra de José Medina Echavarría*, Madrid, Cultura Hispánica.
- Hirschhorn, Monique (1988), *Max Weber et la sociologie française*, París, L'Harmattan.
- Hollinger, David (1983), “The Defense of Democracy and Robert Merton's Formulation of the Scientific Ethos”, en Robert Alun Jones y Henrika Kuklick (eds.),

- Knowledge and Society: Studies in the Sociology of Culture Past and Present*, Londres y Connecticut, JAI Press, pp. 1-15.
- Hughes, Stuart H. (1977), *The Sea Change. The Migration of Social Thought, 1930-1965*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Käsler, Dirk (1988), "The Reception of Weber's Work During his Lifetime", en Dirk Käsler, *Max Weber: an Introduction to his Life and Work*, Cambridge, Polity Press, pp. 197-210.
- Kettler, David y Volker Meja (1994), "That Typically German Kind of Sociology which Verges towards Philosophy": the Dispute about *Ideology and Utopia* in the United States", *Sociological Theory*, vol. 12(3), pp. 279-303.
- Kettler, David, Volker Meja y Nico Stehr (1995), *Karl Mannheim*, México, FCE.
- Keckskemetti, Paul (1963), "Introducción", en Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, pp. 7-18.
- Lida, Clara y José Antonio Matesanz (1990), *El Colegio de México: una hazaña cultural (1940-1962)*, México, El Colegio de México.
- Lira, Andrés (1989), "Autobiografía, humanismo y ciencia en la obra de José Medina Echavarría", *Historia Mexicana*, vol. 39, núm. 153, pp. 329-348.
- (1986), "José Gaos y José Medina Echavarría, la vocación intelectual", *Estudios Sociológicos*, vol. IV, núm. 10, pp. 11-27.
- López Campillo, Evelynne (1972), *La Revista de Occidente*, Madrid, Taurus.
- Mannheim, Karl (1984), *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Buenos Aires, Leviatán.
- (1963a), "Sociología norteamericana", en Paul Keckskemetti, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, pp. 205-214.
- (1963b), "El lugar de la sociología", en Paul Keckskemetti, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, FCE, pp. 215-229.
- (1935), "La sociología alemana (1918-1933)", *Tierra Firme*, revista trimestral, núm. 1, Madrid.
- Medina Echavarría, José (1986) [1939], "Sentido y función de la sociología", *Estudios Sociológicos*, vol. IV, núm. 10, pp. 95-109.
- (1953), "Acerca de los tipos de inteligencia", en José Medina Echavarría, *Presentaciones y planteos: papeles de sociología*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional, pp. 67-92.
- (1943), *Responsabilidad de la inteligencia*, México, FCE.
- (1941a), *Sociología: teoría y técnica*, México, FCE.
- (1941b), "Plan de trabajo para 1941 del Dr. José Medina Echavarría", Fondo de El Colegio de México, sección Archivos institucionales, subsección Fondo antiguo, caja 15, exp. 9, fojas 10, 14, 20, 21 y 22.
- (1941c), "Responsabilidad de la inteligencia", *El noticiero bibliográfico*, vol. II, núm. 24, junio, pp. 1-6.
- (1940a), *Panorama de la sociología contemporánea*, México, La Casa de España en México.
- (1940b), "Nuestra obra de sociología", *El noticiero bibliográfico*, FCE, vol. II, núm. 3, diciembre, pp. 1-5.

- (1939), “La investigación social en los Estados Unidos”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 1, núm. 3.
- Merton, Robert (1995) [1942], *Teoría y estructura sociales*, México, FCE.
- Morcillo, Álvaro (2008), “Historia de un fracaso: individuos, organizaciones y la sociología weberiana en México (1937-1957)”, (mimeo).
- Orgaz, Raúl (1932a), “El problema de la realidad de lo social”, *Cursos y Conferencias*, año 1, núm. 12.
- (1932b), *La ciencia social contemporánea*, Buenos Aires, Cabaut y Cía.
- Pichón Rivière, Juan (1948), *Medida política del hombre*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Platt, Jennifer (1995), “The United States Reception of Durkheim”, *Sociological Perspectives*, vol. 38, núm. 1.
- Pollak, Michael (1986), “Max Weber en France. L’itinéraire d’une oeuvre”, *Cahiers*, núm. 3, pp. 5-70.
- Poviña, Alfredo (1941a), *Historia de la sociología en Latinoamérica*, México, FCE.
- (1941b), “La metodología sociológica de Max Weber”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, núms. 7 y 8.
- (1939), *La sociología como ciencia de realidad*, Córdoba, Imprenta de la Universidad.
- (1933), “La sociología relacionista”, *Cursos y Conferencias*, año 2, núms. 8 y 12, pp. 843-869 y 1121-1154.
- Reyna, José Luis (2005), “An Overview of the Institutionalization Process of Social Sciences in Mexico”, *Social Science Information*, vol. 14, núms. 2 y 3, junio-septiembre, pp. 411-472.
- (1979), “La investigación sociológica en México”, en L. Arguedas, *Sociología y ciencia política en México (un balance de veinticinco años)*, México, UNAM, pp. 41-62.
- Schelting, Alexander von (1936), “Review of *Ideologie und Utopie*, by Karl Mannheim”, *American Sociological Review*, vol. 1, núm. 4, pp. 664-674.
- Schmidt-Koch, Ria (1935), *Filosofía alemana traducida al español*, Buenos Aires, Sociedad Kantiana.
- Schroeter, Gerard (1980), “Max Weber as Outsider: his Normal Influence on German Sociology in the Twenties”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. 16 (4), pp. 317-332.
- Sefchovich, Sara (1989), “Los caminos de la sociología en el laberinto de la *Revista Mexicana de Sociología*”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1.
- Shils, Edward (1995), “Karl Mannheim”, *American Scholar*, vol. 64 (2), pp. 221-235.
- Silva-Herzog, Jesús, Mariano Picón Salas, José Medina Echavarría, José Gaos y Juan Larrea (1944), “Lealtad del intelectual”, *Cuadernos Americanos*, año 3, núm. 3, mayo-junio, pp. 32-48.
- Speier, Hans (1937), “Review of Karl Mannheim’s *Ideology and Utopia*”, *State, Culture and Society*, vol. 1(3), pp. 183-197.
- Villas Bôas, Glauca (2006a), “Una geração de ‘manheimianos’”, en G. Villas Bôas, *Mudança provocada. Passado e futuro no pensamento sociológico brasileiro*, Rio de Janeiro, FGV Editora, pp. 83-94.

- (2006b), “Os portadores da síntese (sobre a recepção de Karl Mannheim)”, en G. Villas Bôas, *A recepção da sociologia alemã no Brasil*, Rio de Janeiro, Topbooks, pp. 105-130.
- Wilson, Charles (1936), “Review of Karl Mannheim’s *Ideology and Utopia*”, *American Sociological Review*, vol. 1, núm. 36.
- Wirth, Louis (1993), “Prefacio”, en Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, México, FCE, pp. 13-31.
- Wolff, Kurt H. (1971), *From Karl Mannheim*, Nueva York, Oxford University Press.
- Zabludovsky, Gina (2002), “La emigración republicana española y el pensamiento alemán en México: la traducción de *Economía y sociedad*”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 3, pp. 169-188.
- (1998), “La recepción de Weber en México (1939-1964)”, en Gina Zabludovsky, *Teoría y modernidad*, México, UNAM, Plaza y Valdés, pp. 327-352.

